

soltura, con las palabras precisas; sonrío y hace sonreír; dice verdaderas enormidades con un tono inocente y hasta candoroso que encanta. En suma, interesa y gusta. Su estilo, para lograr mayor arraigo sobre el lector, debería enriquecerse con un léxico más variado. Cuando se tiene un gusto seguro, el léxico rico no lleva necesariamente a la pedantería.— *Raúl Silva Castro.*

ENSAYOS DE UN ESCÉPTICO, por
Bertrand Russell.

«Se cuenta una historia de Pirro, el fundador del pirronismo (que es el antiguo nombre del escepticismo). Afirmaba Pirro que nunca se sabe bastante para estar seguros de que una norma de conducta es mejor que otra. En su juventud, una tarde, dando su paseo acostumbrado vió a su profesor de filosofía (cuyo principios se había asimilado) caído de cabeza en una zanja y sin poder salir de allí. Después de contemplarle un rato siguió adelante, asegurando que no había razón suficiente para creer que hiciera algún bien ayudando al anciano. Otros, menos escépticos, le auxiliaron y reprobaron a Pirro su falta de coherencia. Pero el profesor, fiel a sus principios, le alabó por su rectitud».

Pero éste no es el escepticismo de Bertrand Russell. Es este otro: es indeseable creer en una proposición cuando no hay razón alguna para suponer que sea verdad. La actitud está definida y la posición mental e intelectual es nada menos que la de un revolucionario. ¿Cuántas teo-

rías, cuántos dogmas, cuántos sistemas sociales, morales, cuántas doctrinas hay que no tienen razón alguna para suponer que sean verdad? Si el lector piensa en esto durante cinco minutos, se dará cuenta de que no basta el escepticismo, que casi sería necesario el nihilismo. Pero el nihilismo no posee razón alguna para suponer que está en lo justo.

Al adoptar aquella actitud, Bertrand Russell acepta y provoca inmediatamente a todo el mundo. En este libro se refiere especialmente al escepticismo en materia social y política, tocando de pasada, en un molinete de su espada, a la educación, al puritanismo, a la filosofía, a todo lo que va surgiendo de su pluma y de su pensamiento, porque Bertrand Russell parece ser un hombre que no está de acuerdo ni consigo mismo. Deliciosas frases, finas paradojas, verdades de a puño, humor y emoción: características definitivas del pensador inglés de siempre, y, sobre todo, cultura, un río de cultura, pero no cultura de libro, fresquecita, sino cultura honda, cultura del pensamiento y del sentimiento, sabiduría de la vida, y conocimientos hasta maravillar.

Trae este libro (1) hermosas páginas sobre la educación (*Libertad contra autoridad en la educación*), en una de las cuales, para demostrar su concepto de libertad en ella cita a Tchekov. «Hay una preciosa narración de este escritor sobre un hombre que quiso enseñar a un ga-

(1) M. Aguilar, editor. Madrid, 1931.

tito a cazar ratones. Cuando el gato no corría detrás de ellos, el hombre le pegaba, lo que dió por resultado que el animalejo no se atrevió ya nunca a cazar ratones por temor a una paliza. «Este es el hombre que me enseñó latín», añade Tchekov. Las gatas enseñan a sus hijos a cazar ratones, pero no antes de que haya despertado su instinto. Entonces los gatitos están ya de acuerdo con sus madres en que vale la pena de adquirir ese conocimiento, y, por lo tanto, no hace falta la disciplina».

Delicioso libro, lleno de reflexiones y de enseñanza, de sugerencias y de insinuaciones, su lectura es más valiosa que la de una novela. Enseña a pensar y a expresar lo que se piensa.—*M. R.*

VIAJES

BAJO EL SIGNO DEL CLÍO, por *Ricardo Baeza*.

Con el doble interés que nos despierta la personalidad de don Ricardo Baeza, por su carácter de representante de la República Española en tierra nuestra y de traductor impecable de escritores egregios, hemos leído su último libro (1) con tal avidez que lo rematamos insensiblemente, como si nos hubiese azuzado una trama compleja, anhelosos de sorprender el desenlace.

No obstante ser este libro un conjunto de crónicas periodísticas en que encuentran cabida los más disímiles asuntos, hay en él una inquebrantable unidad de estilo, dentro de la gama que exige la variedad

(1) Ediciones. Ulises Madrid. 1931.

de los asuntos que a Baeza le preocupan: grave y enjundioso cuando aboca el comentario de los problemas internacionales, mesurado y sereno cuando hace la necrología de Lenin o de Wilson, ligero y pintoresco cuando nos habla del Derby, poético y alado cuando nos evoca la naturaleza ubérrima del Brasil o las bellezas paradisíacas de Mallorca. Páginas de antología son las en que se refiere a su vida en la isla mallorquina, donde el hombre discreto y ecuánime que hay en Baeza no pudo contener el desborde admirativo:

Se me antoja—dice—que quien no haya paseado un anochecer de primavera por estos valles de Mallorca, no sabe aún lo dulce que puede ser la vida, sólo con mirar en torno, y lo inefable de esta remembranza patriarcal, cuya concepción se nos trueca de pronto en sentimiento.

Pero la generosidad de Baeza a través de su evocación adquiere tal relieve pictórico, que nosotros podemos recorrer con él, gozosos y recogidos, esos:

Campos alberos y almagrales, alternando pintorescamente sus blancos y rosas, ya sombreadas por la noche entrante; trigales y cebadales tiernos, con su oleaje y rumor de mies, al amparo de estos insignes olivos milenarios que parecen presidirlos como deidades protectoras; bancalles de hortalizas, ya sumidos en la sombra, que más que caer del cielo va subiendo de Tierra...

Y así, en compañía de Baeza hemos llegado a ese ideal de vida quie-